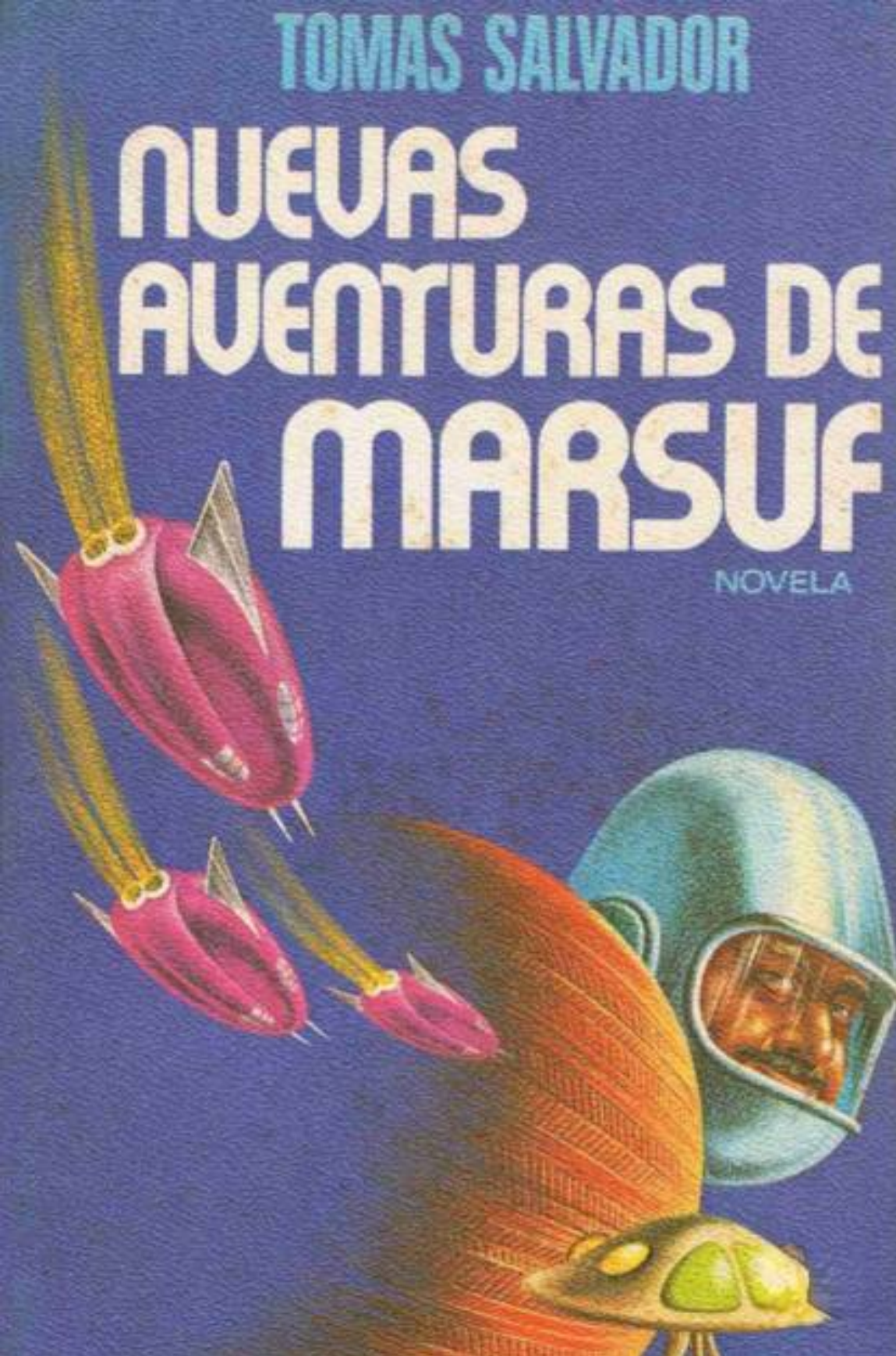


TOMAS SALVADOR

NUEVAS AVENTURAS DE MARSUF

NOVELA



Marsuf quedó ciego reparando heroicamente una nave espacial en peligro. Borracho, indisciplinado, pendenciero y mentiroso, es también poeta y posee una intuición especial para las naves espaciales y su funcionamiento. Desde que quedó ciego, se embarca de manera más o menos clandestina en diversas naves y viaja por el sistema solar corriendo aventuras, impertinente y perturbador pero querido y admirado por las tripulaciones.

A Miguel Buñuel

PRÓLOGO

La primera edición de «Marsuf, vagabundo del Espacio», data de 1962. Fue escrita un año antes. A mediados de 1970, cuando comenzamos esta nueva serie han sucedido «algunas cosas». Por ejemplo: el ser humano ha llegado a la Luna. No exactamente como escribiera Julio Verne, o como soñara Cyrano de Bergerac, pero bajo los mismos principios físicos y humanos. Los astronautas rusos han llegado a permanecer veintiún días en órbita espacial, ensayando ya lo que podríamos llamar construcción de islas artificiales fuera de la Tierra. Y han llevado el «Lunajod».

Otros acontecimientos, digamos auxiliares, son la progresiva dominación de la fuerza atómica o energía nuclear. En lo microscópico, se ha llegado a extremos inverosímiles, que sin embargo no son el final de la carrera, tal como los transistores tamaño de una caja de cerillas, las «cassettes» o arte de meter en una caja de naipes una película a una grabación estereofónica. Los aviones han adoptado el sistema de turbinas y su tamaño llega ya al de una casa de seis pisos. Y las autopistas están ya configurando la sociedad del futuro. Y la fotografía ha llegado a la categoría de arte técnico. Se pueden horadar montañas con enorme facilidad y crear mares artificiales. Y posiblemente, a base del hidrógeno del agua, se consiga un combustible cómodo y barato. Un programa de televisión puede retransmitirse mediante un satélite colgado en el Espacio. Y hasta los niños pueden jugar con transmisores de radio.

Las citadas y cien maravillas técnicas más, son reales y aún nos quedaríamos cortos. Sin embargo, el camino moral

de la sociedad humana no sigue la misma progresión. Todavía hay salvajes en las selvas que viven en la Edad de Piedra, y millones de niños que padecen hambre en la India, y pueblos subdesarrollados que sufren sus arcaicas estructuras. Nos encaminamos a pasos agigantados a una nueva Edad Media, pero de signo inverso. En aquélla, los valores éticos primaban sobre los técnicos y los atavismos religiosos y filosóficos, frenaban las nuevas teorías. La costra fue rota por el llamado Renacimiento, impulsada dramáticamente por el Romanticismo y asentada definitivamente en la Era Industrial.

Hogaño, amigos míos, priva la Era de Consumo. Los grandes inventos dejan crecer lateralmente ingenios menores, que son ofrecidos al consumo público: el teléfono, la televisión, el cine, la radio, las fibras textiles, los biolavantes, los fármacos milagrosos, la aviación, la fotografía, los discos... Un arte nuevo, llamado propaganda, llega a hacernos creer que a menos que fumemos tabaco «Buggy Buggy» o bebamos «Poco-Pica», no somos hombres perfectos.

Un gran afán desatado por gozar de todas estas ventajas que ha creado la Era Industrial, han roto gran parte de los principios morales que durante siglos fueron la norma de nuestros mayores. Ciertamente es que en buena parte de dichos principios había una dosis elevada de hipocresía e injusticia, cierto es que hoy se vive mejor y más cómodamente, cierto es que la cultura se ha expandido prodigiosamente y que la juventud es más limpia y más sana.

Pero todo se echará a perder si frente al prodigioso dinamismo de la técnica no creamos, paralela y simultáneamente, un nuevo humanismo. La crisis religiosa es evidente, la esclavitud subsiste todavía, los valores morales están totalmente en quiebra. Se busca, ante todo, el bienestar, el goce de los sentidos. Hablar hoy de renunciaciones, de sufrimientos, de dignidades o heroísmo, es casi un contrasentido. Y no creáis que os habla un retrógrado, un hombre de las cavernas. Soy hombre de mi tiempo y la televisión, la ra-

dio, el pink-up, la fotografía, el teléfono y el coche forman parte de mi vida habitual. Lo que no permito es que estas maravillas técnicas se me suban a las barbas, entre otras razones porque yo, tú, todo hombre, tiene más talento y más valor que todas las máquinas juntas.

Marsuf nace principalmente para ir configurando este hombre del mañana. Si habéis leído la primera parte de sus aventuras, habréis visto que le pinto feo, gordo, borrachín, pendenciero, mentiroso, amotinador de tripulaciones. No es un héroe a lo James Bond, ni a lo Doc Savage. Es, simplemente: UN HOMBRE. Y como le dice Julius Deonte al capitán Carey: «Ni usted, ni esta nave, servirían para nada sin los Marsuf y los locos como él. ¿Tiene atractivos encerrarse en una jaula de acero? No; sin embargo, aquí estamos, los que renunciamos a fundar un hogar, a tener hijos, a reposar junto a las verdes y suaves colinas de la Tierra. Los viajes y las conquistas espaciales no serían posibles sin los mentirosos como Marsuf, que convierten estos ataúdes volantes, donde nada se ve, excepto el punto de partida y el de llegada, en carabelas como la Santa Maria y la Mayflower. Estos mentirosos geniales embellecen estas ratoneras; embellecen lugares innobles, de temperaturas abrasadoras o gélidas, y convierten desiertos en Edenes. Ellos son los que emboban a las juventudes para lanzarlas a la aventura y al sacrificio, creando para ellos mundos fabulosos, bellezas delirantes, donde sólo hay rocas; son los que ponen luz donde sólo hay negrura. Y también, en las largas travesías, donde todo se quiebra, desde la disciplina a la amistad, ponen la nota diferente, bronca y dura a veces, risueña y alegre otras. Traen fantasía a las paredes de acero, poesía a las máquinas, canciones al silencio... ¿Comprende, capitán, por qué los hombres como Marsuf son bienamados a bordo de las naves? Por eso le digo que usted no podrá castigar a Marsuf: por eso le digo que ese hombre, esté donde esté, encontrará cómplices para esconderse en cualquier rincón de cualquier nave. Y es que los hombres

necesitamos la locura como necesitamos el pan, el agua y la palabra de Dios.»

Esto dijo el segundo de a bordo al capitán Carey y sigue siendo válido. Marsuf no ha nacido todavía. Quizá puedas serlo tú, amigo mío, dentro de cincuenta años, o tu hijo, o tu nieto. Marsuf, sin embargo, vive, porque una de las prerrogativas del escritor es anticiparse al mundo futuro, es abrir los ojos y recrear el mundo. Marsuf es, o intento que lo sea, un Homero del siglo XXI; un hombre lleno de defectos, pero capaz de cantar, sufrir, hacer llegar su poesía a todos los rincones. Un hombre que jamás engañó a un niño, que es capaz de dar su sangre para regar una flor, o de crear la Canción de los Mercaderes...

En estas nuevas aventuras —y que Dios me inspire— procuraré que Marsuf siga siendo estandarte de los valores humanos que no podemos dejar en manos de las máquinas.

«¡Hurra y valor! Las naves sigan volando...»

Que dijo él mismo. Sí, pero latiendo en ellas el corazón de los hombres y el amor a la aventura.

Barcelona, agosto de 1970

I. MARSUF Y EL LEÓN DE SPÍREO

El trabajo previo a la adopción de un nuevo planeta solía ser largo y tedioso. A veces requería meses enteros, cosa que aburría soberanamente a Marsuf. Pero las órdenes del Consejo Mundial para Asuntos Planetarios eran rigurosísimas: toda estrella y sus planetas tenían que ser analizados hasta en sus más mínimos detalles antes de que un ser humano pusiera el pie en ellos.

Claro es que dicha medida había llegado con el tiempo y con los acuerdos mundiales. Marsuf se acordaba de los tiempos en que el principal analizador era el propio hombre, asomando las narices: si podía respirar, aguantar el calor o el frío; digerir los frutos, el planeta era bueno. *Et si no, non*, que decían los clásicos.

Este empirismo había cesado y entonces se exigían controles técnicos. La razón era sencilla y justa. Nunca, en los planetas descubiertos, eran iguales las condiciones de vida. La estrella matriz, o sol, en gigantesca y constante explosión atómica, podía tener un espectro diferente, más hierro, cobre o uranio. En consecuencia, sus radiaciones afectaban en igual medida a todos los planetas de su esfera, expuestos a su luz y calor. A su vez, y como consecuencia de la distancia solar, los planetas podían tener una atmósfera diferente a la Tierra —que, como sabéis, tiene una delgada costra de apenas treinta kilómetros, donde el hidrógeno y el oxígeno han logrado un perfecto equilibrio— y por lo tanto poco apta para los humanos. Planetas existían que eran roca pura, donde no había forma de que la combinación calor-humedad formase una atmósfera; otros, que al

estar en estado casi líquido, parecían flotar constantemente en una masa de agua; otros, donde los gases naturales se componían de metano y amoníaco, absolutamente nocivos.

Y en no pocos, una inmensa capa de polvo, a veces de centenares de metros, producida por millones de años de erosión, lo cubría todo. Algunos eran de puro fango y en casi todos la vida animal estaba todavía en estado prebiótico, con una enorme cantidad de bacterias y virus cuyas virtudes o desgracias eran totalmente desconocidas a los biólogos terrenos. Por otra parte, era posible que bacilos llevados por los mismos hombres, inofensivos para ellos por los muchos milenios de convivencia, fuesen mortales en el nuevo hogar.

La Tierra, que se había convertido en un lugar muy limpio, donde los virus del cáncer, el catarro común, la poliomielitis y las bacterias putrefactoras habían sido dominadas, no admitía que se trajese de un lugar remoto una peste cualquiera, tanto mental como corporal. Por consiguiente, cada nave exploradora llevaba un grupo idóneo de sabios. Primero se anotaban sus coordenadas que se enviaban al Ministerio de Exploraciones Planetarias, el cual asignaba un número; luego, el grupo de ecólogos, analistas, espectrólogos, biólogos, mineralistas y psicólogos, examinaban, cada uno en su especialidad, el aire, el agua si la había, el polvo, las rocas, los minerales y la vida orgánica o vegetal. Sus aparatos, gobernados por robots, medían, pesaban, analizaban y lo probaban todo, desde el polvo al musgo, desde los gusanos a las radiaciones ultravioletas. Terminado el trabajo, se enviaba el informe a la Tierra, dentro de cinco apartados esenciales: a) grado de consolidación; b) grado en enfriamiento; c) atmósfera y clima; d) vida vegetal; e) vida animal.

Vistos los informes, la Tierra decidía si el nuevo planeta podía catalogarse dentro del tipo Sol-3, o sea, el mismo tipo de la Tierra, que gracias a una determinada distancia de la estrella matriz, no era demasiado caliente ni demasiado

frío. Si era apto, quedaba anotado para la emigración humana. Si faltaban algunas condiciones básicas, podía ser catalogado como planeta industrial, con posibilidades de explotación mineral, por el mismo Consejo Mundial o por compañías particulares.

La nave exploradora, concluidos los informes, podía aterrizar y experimentar humanamente las posibilidades de vida, o bien comprobar individualmente si convenían algunas rectificaciones, como por ejemplo, ver si los animales eran peligrosos, el agua potable y el suelo estable para la pisada humana. Tenían, también, el privilegio de bautizar el planeta y los accidentes orográficos e hidrográficos más importantes. Y el de descansar, si el capitán estaba de humor, el tiempo que les diera la gana.

A Marsuf, repetimos, que había viajado en las naves más dispares y desembarcado en los lugares más inverosímiles, con el simple recurso de asomar la nariz o ponerse una escafandra, le desesperaban los trámites técnicos. Por esa razón, nunca o casi nunca montaba en una nave ecológica, o de exploración técnica, monstruo panzudo lleno de cobayas, aparatos, tanques de experimentación y demás gabelas que la hacían más parecida a un queso que a una nave.

Pero en su última estancia en la Tierra escuchó que las exploraciones en el sector de Spíreo prometían ser muy importantes, ya que contaban doce planetas habitables y uno de ellos esencialmente parecido a la Tierra. Conque se embarcó en la *Canguro n. ° 5*, nave analizadora, que tras nueve meses de navegación había llegado a la nebulosa negra Spirinova, trece millones de kilómetros más allá de Plutón. Al llegar, comenzaron los trabajos habituales.

Marsuf se aburría soberanamente. El equipo del *Canguro* o la *Cangura*, que decía Marsuf, con más respeto a la lógica que a la Gramática, era eficiente, aunque meticoloso. Pronto examinó, y desechó, nueve planetas por estar en grado de formación o enfriamiento y que todavía tardarían

centenares de años en ser habitables, y se concentró en el que hacía el número diez, y el más grande, posados en el cual estaban entonces, aunque con todas las puertas cerradas, mientras los analistas trabajaban.

—Capitán Lorito —no era un mote de Marsuf; el capitán se llamaba efectivamente James Lorito— déjame desembarcar y te traigo un informe mejor que el de esos pelmas.

—Calma, Marsuf —respondía el capitán—. Debes reconocer que tus tiempos han pasado y que la ciencia tiene ahora aparatos que tú no conoces.

—¿Sabes lo que te digo, capitán? —gruñía Marsuf un día y otro día—. ¡Que todos los aparatos del mundo no valen lo que un hombre curioso! Para que yo sepa si un aire es respirable o no, no necesito que me lo diga un analista: me lo dice mi nariz. Y para saber si un agua es potable, lo mejor es beberla. Una vez, hace treinta años, encontré un pedazo de roca donde los manantiales, en vez de fluir horizontalmente, saltaban en vertical. Y yo...

—Marsuf, por favor, no empieces otra vez con tus historias.

—¡Mis historias son todas muy buenas! —clamaba Marsuf, enfadado—. ¿Y sabes lo que te digo? ¡Que eres un capitán de pacotilla!

A continuación, Marsuf soltaba una retahíla de insultos capaces de hacer ruborizar a un elefante, y que divertían horrores a la tripulación, pero que dejaban totalmente fresco a James Lorito, quizá porque debía la vida a Marsuf, hecho ocurrido años antes y que Marsuf nunca mencionaba, pero que Lorito no podía olvidar. Lorito, cuando Marsuf comenzaba a desbarrar, se limitaba a alzar las manos pidiendo paciencia y dejar que Marsuf perdiera gas. Luego, dejaba que el ciego fuese a dar la lata a los ecólogos, a los analizadores y demás científicos, que menos pacientes le devolvían los insultos, con lo cual se establecían las más tremendas batallas verbales jamás reñidas en la Historia. Se decía que un grumete había quedado turulato y abobado para

toda la vida; pero siempre se exagera. El caso es que las tabarras de Marsuf y los sabios, eran recogidas con magnetófono por los tripulantes y luego, por las noches, se volvían a pasar, apostando a quién las decía más gordas. Ganaba siempre Marsuf.

Como postres, consuelo; Marsuf rondaba la escotilla de escape, por si había posibilidad de evadirse, cosa que el capitán Lorito tenía prevista y por consiguiente remediaba mediante una guardia permanente. Por fin, a falta de otra cosa, Marsuf se hacía acompañar por un tripulante y le pedía le explicase lo que se veía por el periscopio. Más tarde, se ponía él y era como si estuviera en aquel mundo nuevo.

Spíreo 10 o simplemente Spíreo, como fue bautizado el planeta, tenía aproximadamente el tamaño de la Tierra, con trece mil kilómetros de diámetro por el Ecuador. Giraba más lentamente y desde más lejos que la Tierra respecto al sol, de manera que allí los días duraban cincuenta horas y otras tantas las noches. *Canguro* —nave de casi doscientos metros de alta— estaba posada verticalmente en una inmensa pradera, elegida por Lorito después de muchas precauciones. La pradera era plana como la palma de la mano y no parecía ocultar sorpresas o elementos desagradables; el viento era moderado y los cambios climatológicos casi inexistentes. Lejos, a un centenar de kilómetros, se distinguía una cadena montañosa, cuyos picachos debían ser muy elevados —trece mil metros, según los geólogos— y por el lado contrario, aunque más cerca, un acusado tono verde insinuaba la existencia de un río o una selva. Detalles que Marsuf, a fuerza de hacerse explicar grado a grado, conocía a la perfección.

La llanura, o pampa, que decía Marsuf, estaba llena de vida. La vegetación, de un color amarillento tirando a blanquizco, parecía componerse de helechos y arbustos enanos, en infinitas variedades; escondidos, miríadas de insectos y

animales supuestamente vertebrados, casi todos voladores, retozaban en los interminables atardeceres —cinco horas— durante los cuales hasta formaban pequeñas nubes, visibles a simple vista. La hierba o los helechos, de casi un metro de altura, se adivinaba espesa pero suave: El viento causaba ondulaciones, muy vistosas y agradables de mirar.

A quinientos millones de kilómetros, el sol matriz era casi de color violeta, dentro de un cielo de azul oscuro; enormes filamentos gaseosos le orillaban y los sabios decían que podía producir quemaduras peligrosas. Algunas nubes, largas y bajas, descargaban una suave lluvia tres veces al día. Spíreo, según los sensibles aparatos detectores de sonidos, era bastante ruidoso, aunque ninguno de los ruidos parecía proceder de vida humanoide.

Marsuf se hacía explicar las cosas una y mil veces, salvo en lo referente a los sonidos. Aquí, su oído de ciego y su especial sensibilidad, captaban infinitos matices no aptos para instrumentos. Marsuf, que entonces tenía ya sesenta años y una experiencia de muchos mundos distintos, era un archivo de sonidos. Había conocido mundos silenciosos, helados, donde la vida no había llegado o se apagó ya; mundos rebosantes, feraces y feroces, donde imperaba la ley de la selva; mundos donde la presión era tan fuerte que se oía el crujido de las rocas; mundos volcánicos, donde las explosiones eran incesantes; mundos, en fin, acuáticos, que hervían como una olla al fuego.

La pampa de Spíreo le gustaba, le rejuvenecía. Su instinto le decía que salvo ligeras variantes, aquella llanura era igual a las viejas estepas, taigas, pampas de la madre Tierra, cuando todavía no estaban superpobladas y las selvas y los desiertos eran cauce para la aventura. Tierra primitiva, pero vital. Todo ello, unido a los muchos meses de encierro en la *Canguro*, le ponían frenético.

Pero Lorito se negaba a dejar bajar la tripulación hasta que las diferentes comisiones terminasen sus informes. Marsuf, en su atalaya, sorbía sonidos y aromas, esperando

el momento. Llegó a conocer perfectamente la llanura y estaba seguro que cuando le dieran franquía podría recorrerla como el mismo pasillo de la nave.

El anhelado permiso llegó por fin. El mismo capitán Lorito se lo comunicó al viejo aventurero:

—Mañana, a primera hora, mandaré tres grupos de exploradores. Uno, al llano, otro a las montañas y el tercero a la mancha verde. Y estableceremos un campamento base a veinte kilómetros de aquí. Tú, vendrás conmigo.

—Yo quiero ir con los exploradores.

—Los exploradores informarán por el vídeo cada diez horas. Estar en el puesto de mando equivale a estar con los tres grupos a la vez. Además, te necesito para jugar al ajedrez.

—Juega con tu abuela.

—Mi abuela no ha venido en la *Canguro*.

—¿Qué han descubierto esos engréidos del laboratorio ambulante?

—Que si bien existe mucha vida animal, ninguna parece tener volumen suficiente para ser peligroso. El hecho mismo de que una llanura tan extensa y tan rica como ésta no esté habitada, indica que no hay vida humanoide. El aire se puede respirar, a condición de regenerar la sangre cada diez horas con una pastilla de Eolocina. El sol puede producir llagas, pero nada graves si se tiene la precaución de usar una pomada especialmente preparada.

—Bueno; iré contigo. Pero no me tengas atado a tu tienda. Quiero explorar por mi cuenta.

—Te dejaré corretear siempre que lleves un vídeo de circuito cerrado.

—Bueno.

Efectivamente, al día siguiente las patrullas de exploración, dotadas de los pertrechos necesarios, partieron a sus misiones. Llevaban armas paralizantes, trineos deslizadores,

vídeos de largo alcance, radio y alimentos, aparte de los aparatos analizadores. Debían ir recorriendo distancias cortas, examinar el terreno, levantar mapas, tomar fotografías tridimensionales y volver a los quince días. Cada patrulla llevaba cuatro sabios y cuatro hombres de escolta. Veinte hombres más, sin contar a Marsuf y el capitán, integrarían el campamento base.

Los trineos voladores eran unas plataformas que rodaban, por decirlo así, sobre un colchón de aire, viejo principio que se había mostrado muy útil en las exploraciones planetarias. No eran rápidos, pero sí seguros. Marsuf era partidario de las exploraciones a pata, que decía él, pero Lorito opinaba lo contrario y era el jefe. Conque, un día de sol cálido y aire ligero, salieron los exploradores y luego el grupo central. Todos estaban contentos y optimistas. Spíreo, a juzgar por las trazas, era un planeta que iba a gustar mucho a los terrenos y por consiguiente la recompensa sería buena.

El campamento base se instaló a la distancia prevista, con la *Canguro* visible en la distancia. Lorito ordenó quemar la hierba parasitaria unos centenares de metros a la redonda y se instalaron las tiendas y los instrumentos necesarios. Marsuf, sin unía misión específica, se dedicó a incordiar, hasta que le mandaron a hacer gárgaras. Marsuf se lo tomó por el lado que le convenía y se fue alejando, acompañado de una botella de clorela, cuyo uso estaba prohibido en la *Canguro*.

Marsuf se encontraba en excelente forma. Sus ojos no veían, materialmente hablando, pero su tacto, su oído, su olfato, eran excelentes. Tanteando por aquí y por allá, palpando la hierba, arrancándola para olerla, se fue haciendo una idea del planeta. Era capaz de adivinar el punto exacto en que un pequeño animal emprendía la huida. En cuanto a los insectos, topaban con su cara, sin que se molestase en aventarlos.